

NUESTRO ARGENTINO EN LA HABANA

Nelson Herrera Ysla

Aunque había nacido en Italia, Roberto Segre era un argentino de pies a cabeza hasta que decidió probar su suerte entre nosotros en el año 1963. La Habana era un encanto de ciudad, y él lo supo de inmediato cuando caminó por La Rampa una tarde veraniega de septiembre junto a decenas de otros arquitectos, intelectuales y amigos que venían desde todos los confines del planeta a dialogar sobre arquitectura en medio de un congreso internacional que sería clausurado por Ernesto Che Guevara.

Todo brillaba entonces bajo el resplandor de una nueva era recién inaugurada en esta Isla, a sólo unos meses de la barahunta tropical y mundial causada por la Crisis de Octubre y a unas cuantas horas por delante del asesinato en Dallas del presidente John F. Kennedy, que nos dejó a todos pensando, una vez más, sobre el futuro de Cuba. Pocas ciudades del planeta podían ser más atractivas que la soliviantada urbe donde se mezclaban diariamente los cubanos con checos, soviéticos, polacos, vietnamitas, congolese, argelinos, guatemaltecos, italianos, franceses, en fervores tercermundistas y subdesarrollados diluidos en una impresionante red de clubes y cabarets, salas de teatro, en la fastuosidad de Tropicana y en más de 100 salas de cine capaces de estrenar cada semana una lluvia de películas europeas como si viviésemos en pleno corazón de París o Madrid.

La Habana deslumbró a Segre, y lo hizo quedarse casi hasta siempre. Aquí se enamoró de una delgada y atractiva estudiante de arquitectura mientras se dedicaba a darle clases a ellas, y a otros muchos estudiantes que necesitaban saber de su Historia, en la novísima Escuela recién estrenada y ubicada en los cañaverales cercanos al Central Martínez Prieto, más allá de los bordes y arrabales de Marianao. Todos le escuchábamos con atención porque decía cosas como ningún otro profesor, y mezclaba las prohibidas canciones de los Beatles con imágenes asombrosas de la arquitectura inglesa y norteamericana en aquellos aparatos llamados carrouseles de diapositivas, de la Kodak, para que comprendiéramos mejor que la cultura es una sola, integrada, sistémica, plena de conexiones con el mundo entero, así viviésemos en Cuba o en un *kimbo* nigeriano sin agua ni electricidad.

Sus clases eran lecciones de arte y cultura contemporáneas y por eso no las olvidamos nunca. De esa rica experiencia académica surgieron sus primeros artículos, ensayos y

libros, que no dejó de producir hasta el último día de su vida. Lo suyo era escribir, investigar, publicar, aterrorizado por la mediocridad, el olvido o la indiferencia en los que suelen caer aquellos que no aspiran a nada en esta vida y se contentan sólo con asistir a clases, darlas, entrar y salir de encendidas reuniones sobre planes de estudio y disfrutar de 30 días de vacaciones una vez al año.

Segre era ambicioso y lo quería saber todo para después escribir sobre todo lo que veía, leía, escuchaba. Sus alumnos nos dábamos cuenta y nos parecía bien aunque algo exagerado aquel profesor argentino hasta la muerte. Cortó caña numerosas veces en aquellos inolvidables e ineficientes trabajos voluntarios junto a otros profesores y alumnos cada año, cumpliendo así con esos rituales socialistas y excelentes para desperdiciar un poco o mucho de tiempo, conocernos mejor y concertar amores posibles en noches intensas y calurosas, sobre la paja aún caliente de los cañaverales, a la luz de lunas deseosas de alumbrar tantos fuegos fatuos que teníamos entonces bien adentro. Y cuando la cosa, la eterna cosa, se puso fea, dolorosa, difícil, se dirigía hacia la CUJAE, como siempre le hemos llamado y llamaremos, en una bicicleta china de 28 pulgadas, con un sombrero de plástico en forma de sombrilla, a lo largo de la avenida Rancho Boyeros, a la vista de todos, sí señor, desprejuiciado y quizás divertido en su pedaleo monótono hasta el parqueo de la Escuela de Arquitectura. Lo que creo jamás hubiesen hecho en sus vidas Giulio Carlo Argan, Leonardo Benevolo, Sigfried Gideon, Ramón Gutiérrez o el mismísimo Joaquín Weiss en La Habana. Su suerte ya estaba echada con nosotros: no necesitaba más pruebas.

Luego nos graduamos y sabíamos de él por anécdotas e historias de otros alumnos, por mensajes que recibía en mi casa luego de su partida hacia Brasil a mediados de los años 90, por nuevos encuentros en La Habana adonde era invitado a impartir ciclos de conferencias y charlas, y por textos suyos aparecidos en los que analizaba ciertas obras y el urbanismo cubano e incluso de los países socialistas y del Caribe y Latinoamérica. Pero la crítica no era su fuerte, sin duda. Su pasión, su sed de conocimientos, obnubiló en ocasiones su discernimiento y le impidió comprender determinados procesos de desarrollo: de ahí que estigmatizara en los años 60 a las trascendentales Escuelas de Arte de Cubanacán, cuando emergían al mundo por entre la arboladura y el sinuoso césped del

antiguo Country Club habanero. Eso no se lo perdonaron sus tres creadores arquitectos, y cuando tuvo la oportunidad de rectificar ante las cámaras en un hermoso documental realizado dos años atrás (*Unfinished spaces*), me dijo: “no te preocupes Nelson, así quedará para la historia como el único que las criticó”, cuando en el fondo de sí supiera que había errado el tiro.

Era un historiador nato, severo, puntilloso, abundante, prolijo, ecuménico, pero no un crítico. Le hubiese gustado serlo, no lo dudo, pero no le salía bien. En los años 80 atacó el posmodernismo iniciado con la *strada novíssima* en la 39ª Edición de la Bienal de Venecia, 1980, inventada por su coterráneo Paolo Portoghesi... para 30 años después contemplar como un adolescente embobecido las monumentales versiones espectaculares de ese movimiento en la mítica ciudad de Las Vegas, frente a las cuales se tomó fotos como si estuviera en las pirámides de Gizeh, la Gran Muralla China o la Alhambra en Granada. Recuerdo también su inobjetable entusiasmo ante la Casa de la Cascada de Frank Lloyd Wright, al visitarla por primera y única vez en el año 2011 gracias a la invitación de un amigo norteamericano, y confesarme a la vuelta su indiferencia hacia esa magna obra décadas atrás: prefería entonces lo realizado por Le Corbusier y minimizaba esa y muchas otras obras de cualquier maestro del siglo XX: “demoré más de 40 años en admitir la grandeza de esa obra y ese arquitecto pero estoy a tiempo, ¿no crees?”

En esa íntima confesión, que gustaba hacer a través de correos electrónicos diarios (los que extraño todos los días de mi vida), asomaba la oreja un sentido particular del humor que poseía. Quién lo iba a decir. Porque para la mayoría de sus conocidos y amigos él era más bien un tipo corrosivo, hasta ácido en ciertos comentarios y aseveraciones públicas, lo cual no le preocupaba tanto, por no decir nada. Era consciente de ello y hasta de las enemistades que pudiera causarle tan raro comportamiento en un medio en que no era frecuente criticar o condenar de manera abierta y directa. Sin embargo, aunque muchos no lo crean, la principal diana de su humor era él mismo. Gustaba burlarse de sus torpezas con desenfado. Y hasta se jactaba de equivocaciones menores o grandes, a sabiendas de que un día tendría quizás la oportunidad de cambiar. Lo cual no practicó en demasía, por cierto

Pocas veces acertó en esos análisis críticos sobre edificaciones que marcaron un específico momento de la arquitectura contemporánea porque su ojo estaba entrenado para verlo todo después, con el paso de los años, a una buena distancia de lo acontecido. En eso era un verdadero experto. Y gracias a ese don, a esa gigantesca capacidad suya, historió buena parte de la arquitectura cubana, del Caribe y Latinoamérica cuando pocos se dedicaban a ello, o quienes lo hacían partían de una visión local,



fragmentaria o, en el mejor de los casos, regional, pero jamás continental, totalizadora, como la de él.

Segre supo descubrir las constantes históricas de la arquitectura y el urbanismo latinoamericanos y desenhebrar así la asombrosa madeja de barrios marginales, barrios exclusivos, centros financieros e históricos, ciudades satélites, fortificaciones, centros turísticos y experimentos formales que pueblan la dilatada geografía de nuestras capitales nacionales y pueblos pequeños, desde México a la Argentina. Sus últimos ardores en Brasil —donde se instaló a vivir en la ciudad de Niteroi para impartir clases en la Universidad Federal de Río de Janeiro, desde los años 90, al lado de su compañera Conchita Pedrosa— los dedicó en parte a ese grande de la arquitectura brasileña, latinoamericana y universal que fue Oscar Niemeyer. La vibrante energía y longevidad de este creador lo invitaba a emularlas cada día hasta que la torpeza, el azar y la injusticia lo sacaron de nuestras vidas para siempre cuando menos lo imaginábamos.

Más de 40 libros y algo más de 300 ensayos componen una impresionante labor de investigación que lo llevó a compartir su legado en universidades, museos, congresos, seminarios, de casi todo el mundo. Fue arquitecto (de muy exigua obra), profesor, crítico, editor (recordemos su labor al frente de la revista *Arquitectura/Cuba* junto a su amigo Fernando Salinas, por espacio de cuatro años), conferencista, tutor, pero, por sobre todas las cosas mencionadas, prefería una: historiador. Una disciplina para la cual nació dotado de cualidades excepcionales. Y gracias a él los cubanos, los latinoamericanos, sabemos un poco más de nosotros mismos. Y nuestras decisiones futuras tienen en su obra una magnífica documentación sobre las cuales basarse. Que no descansen en paz, pues lo prefiero dando guerra donde quiera que se encuentre: ese es uno de los rasgos de tantos seres imprescindibles. ▣

Nelson Herrera Ysla (Morón, 1947). Arquitecto cubano, crítico de arte, curador y poeta. Cofundador del Centro de Arte Contemporáneo Wifredo Lam y de la Bienal de La Habana, institución en la que trabaja como Especialista Principal y Curador. Obtuvo el premio de poesía del Concurso 13 de marzo en el año 1975; en 1999 le fue conferida la Distinción por la Cultura Nacional y el Premio Crítica de Arte Guy Pérez Cisneros en 2007.